

señor—dijo Poiret,—y ya que usted tiene el honor de ver á Su Excelencia, á usted, que parece tener ideas filantrópicas, le corresponde comunicarle la conducta inmoral de esas gentes que tan mal ejemplo dan al resto de la sociedad.

—Pero, señor mío, el gobierno no los mete allí para que sean modelo de virtudes.

—Es verdad. Sin embargo, señor, permítame...

—Pero, querido mío, deja hablar al señor—dijo la señorita Michonneau.

—Usted me entiende, señorita—repuso Gondureau.—El gobierno puede tener un gran interés en apoderarse de una caja ilícita donde se dice que hay sumas importantes: Burla-la-Muerte coloca en ella valores considerables, ocultando, no sólo las sumas que poseen algunos de sus compañeros, sino también las que provienen de la sociedad de los Diez Mil...

—¡Diez mil ladrones!—exclamó Poiret asustado.

—No, la sociedad de los Diez Mil es una asociación de bandidos, de gente que sólo trabaja en grande y que no emprende ningún negocio que no le dé por lo menos diez mil francos de ganancia. Esta sociedad se compone de las más distinguidas gentes de mal vivir, pájaros que conocen el código y que no se exponen nunca á que les apliquen la pena de muerte cuando les cogen. Collín es el hombre de confianza y el consejero, y, con sus inmensos recursos, este hombre ha sabido crearse una policía propia y relaciones inmensas que envuelven un impenetrable misterio. Aunque hace un año que le tenemos rodeado de espías, aun no hemos podido ver su juego. Su caja y su talento sirven, pues, constantemente

para asalariar el vicio, y tienen en pie un ejército de malos sujetos que están en perpetuo estado de guerra con la sociedad. Coger á Burla-la-Muerte y apoderarse de sus fondos será cortar el mal de raíz. Así es que esta expedición se ha convertido en un asunto de Estado y de elevada política, susceptible de honrar á los que cooperen á su logro. Usted mismo, señor, podría ser otra vez empleado en la administración, desempeñando el cargo de secretario de un comisario de policía, funciones que no le impedirían cobrar la pensión que tiene de retiro.

—Pero, ¿por qué no se escapa Burla-la-Muerte con la caja?—dijo la señorita Michonneau.

—¡Oh!—exclamó el agente—adónde quiera que fuese, iría seguido de un hombre encargado de matarle, si robara al presidio. Además, una caja no se roba tan fácilmente como parece, y, por otra parte, Collín es un hombre incapaz de hacer semejante acción, porque se creería deshonrado.

—Tiene usted razón, señor—dijo Poiret,—quedaría completamente deshonrado.

—Pero con todo esto ¿no nos dice por qué no viene á apoderarse de él?—preguntó la señorita Michonneau.

—Está bien, señorita, respondo; pero—le dijo al oído—dígame á su señor que no me interrumpa, porque de lo contrario, no acabaremos nunca. Al venir aquí, Burla-la-Muerte se ha echado capa de hombre honrado y se ha instalado en una modesta posada. De modo que el señor Vautrín es hombre considerado que hace negocios considerables.

—Naturalmente—se dijo Poiret para sus adentros.

—Si se llegase á detener á un Vautrín verdadero, el ministro no quiere cargar con las responsabilidades, ni ser el blanco de la opinión pública. El señor prefecto de policía tiene enemigos, y si llegase á cometer un error, los que desean su plaza se aprovecharían de los gritos y clamoreos generales para hacerle saltar. Se trata aquí de proceder como se procedió en el asunto Cogniard, con el falso conde de Santa Elena, el cual, si hubiera sido verdadero, nos hubiera dado un disgusto. De modo que es preciso antes asegurarse.

—Sí, pero para eso tiene usted necesidad de una mujer bonita—se apresuró á decir la señorita Michonneau.

—Burla-la-Muerte no se dejaría abordar por ninguna mujer, pues sepa usted en secreto que no le gustan las mujeres.

—Pero suponiendo que yo me prestase á hacerlo por dos mil francos, aun no veo lo que necesitaría hacer.

—Nada más fácil—dijo el desconocido.—Yo le entregaré un frasco que contiene una dosis de licor preparado para provocar una apoplejía que no ofrece el menor peligro. Esta droga lo mismo puede echarse en el vino que el café. En seguida lleva usted ese hombre á la cama y lo desviste como para aliviarle del ataque, y en el momento en que se quede solo, le registra para ver si le encuentra las marcas.

—Pero ¡si eso no es nada!—dijo Poiret.

—Bueno ¿consiente usted?—le preguntó Gondureau á la solterona.

—Diga usted, señor mío ¿me darán también los dos mil francos en el caso de que no encuentre las letras?

—No.

—¿Cuál será, pues, la indemnización?

—Quinientos francos.

—¿Hacer semejante cosa por tan poco? El mal es el mismo en la conciencia, y yo quiero tenerla tranquila, señor.

—Yo le garantizo á usted que la señorita tiene mucha conciencia, además de ser persona muy amable y de gran talento.

—Pues bien—repuso la señorita Michonneau,—deme usted tres mil francos si es Burla-la-Muerte y nada si es un hombre honrado.

—Conformes—dijo Gondureau,—pero con la condición de que se ha de hacer mañana.

—No, señor mío, mañana no, por que he de consultar á mi confesor.

—¡Tuna!—dijo el agente levantándose.—Bueno, entonces hasta mañana, y si necesitan hablarme, vayan á la calle de Santa Ana, al extremo del patio de la Capilla Santa, y pregunten por el señor Gondureau.

Bianchón, que salía de la clase de Cuvier, oyó la original palabra Burla-la-Muerte y el conforme del célebre jefe de la policía secreta.

—¿Por qué no acaba usted de una vez y así tendrá trescientos francos de renta vitalicia?—dijo Poiret á la señorita Michonneau.

—¿Por qué?—le contestó ella.—Porque hay que reflexionarlo.—Si el señor Vautrín fuese Burla-la-Muerte, tal vez sería más ventajoso arreglarse con él. Sin embargo, pedirle dinero equivaldría á prevenirle, y sería capaz de escaparse sin dar nada, lo cual sería un pufo abominable.

—Aunque se le dijese algo ¿no nos ha dicho ese señor que estaba vigilado?—repuso Poirer.—En fin, veo que lo perderá usted todo.

—Por otra parte, ese hombre me es muy antipático y no sabe decirme más que cosas desagradables—pensó la señorita Michonneau.

—Yo creo que haría usted muy bien—repuso Poirer.—Como ha dicho ese señor, que me parece muy simpático y que va muy bien vestido, siempre es un acto de obediencia á las leyes el desembarazar á la sociedad de un criminal, por virtuoso que éste sea. El que tuvo, retuvo. ¿Y si le diese la gana de asesinarnos á todos? ¡Qué diablo! Nosotros seríamos culpables de esos asesinatos, sin contar con que acaso seríamos sus primeras víctimas.

La preocupación de la señorita Michonneau no le permitía escuchar las frases que saltan de la boca de Poirer como salen las gotas de agua de un grifo mal cerrado. Una vez que este anciano empezaba la serie de sus frases y la señorita Michonneau no le interrumpía, hablaba siempre como una máquina con cuerda. Después de hablar de una cosa, tras breve paréntesis, sacaba á relucir otra completamente opuesta, sin deducir nada de ella. Al llegar á la casa Vauquer, se había sumido en el relato de una serie de pasajes y de citas transitorias que le habían llevado á contar su declaración en el proceso del señor Ragoulleau y de la señora Morín, en el que había comparecido en calidad de testigo de descargo. Al entrar, su compañera vió que Eugenio de Rastignac hablaba con la señorita de Taillefer con tanto interés, que la pareja no notó el paso de los

dos ancianos huéspedes cuando atravesaron el comedor.

—La cosa no tenía más remedio que acabar así—dijo la señorita Michonneau á Poirer.—Hacía ya ocho días que se miraban de un modo escandaloso.

—Sí—respondió el anciano,—por eso fué condenada.

—¿Quién?

—La señora Morín.

—Si le hablo á usted de la señorita Victorina y usted me habla de la señora Morín—dijo la Michonneau entrando en el cuarto de Poirer.—¿Qué mujer es esa?

—Pero ¿de qué es culpable la señorita Victorina?—preguntó Poirer.

—Es culpable de amar á Eugenio de Rastignac, y la pobre inocente le ha dado oídos sin saber adónde la llevará eso.

Por la mañana, Eugenio había sido reducido á la mayor desesperación por la señora de Nucingen, y, en su fuero interno, se había abandonado por completo á Vaufrín sin querer sondear los motivos de la amistad que le demostraba este hombre extraordinario ni el provenir de semejante unión. Era preciso un milagro para sacarle del abismo en que había puesto los pies hacía una hora, cambiando con la señorita Taillefer las más dulces promesas. Victorina creía oír la voz de un ángel, el cielo se abría para ella, y la casa Vauquer se cubría de esos tintes fantásticos que los decoradores dan á los palacios de teatro: la joven amaba y era amada, ó al menos ella lo creía así. Y ¿qué mujer no lo hubiera creído como ella viendo á Rastignac y escuchándole durante aquella hora robada á todos los Argos de la casa? Luchando con su conciencia, sabiendo que obraba

mal y queriendo hacerlo, diciéndose que borraría su pecado venial con la dicha de una mujer, se había embelecido con su desesperación, y en su cara resplandecían todos los fuegos del infierno que tenía en el corazón. Afortunadamente para él, el milagro tuvo lugar: Vautrín entró alegremente y leyó en el alma de los dos jóvenes á quienes había unido mediante las combinaciones de su genio infernal, pero cuya alegría turbó de pronto tarareando una canción con su gruesa voz.

Victorina huyó considerándose tan feliz como desgraciada había sido hasta entonces. ¡Pobre muchachal! Un apretón de manos, su mejilla rozada por los cabellos de Rastignac, una palabra dicha tan cerca á su oído que había sentido el calor de los labios del estudiante, su talle oprimido por un brazo tembloroso, un beso dado en su cuello, fueron los esponsales de su pasión, esponsales que la proximidad de la gruesa Silvia, amenazando entrar á cada paso en aquel radiante comedor, contribuyó á hacer más ardientes, más vivos y más comprometedores que los testimonios más hermosos de la abnegación, cantados en las historias más celebres de amor. Aquellos *menudos sufragios* le parecían crímenes á aquella piadosa joven que se confesaba cada quince días. En aquel momento, había prodigado más tesoros de alma que los que podría dar entregándose por entero cuando fuese rica y feliz.

—El asunto está arreglado—dijo Vautrín á Eugenio. Los dos petimetres se han picoteado y todo ha pasado convenientemente. Cuestión de opiniones. Vuestro pichón insultó á mi halcón. Mañana en el foso de Clignancourt. Á las ocho y media, mientras la señorita de Taillefer

estará ahí mojando sus tostadas de pan en el café, here-dará el cariño y la fortuna de su padre. Parece extraño que pueda decirse esto ¿verdad? El pequeño Taillefer es fuerte á espada y confiado, pero recibirá una estocada que yo inventé, una manera de levantar la espada y de pincharle en la frente. Ya le enseñaré á usted cómo se hace, porque es sumamente útil.

Rastignac escuchaba con aire estúpido y no podía responder nada. En aquel momento entraron el padre Goriot, Bianchón y algunos huéspedes más.

—Así es como quería verle—le dijo Vautrín.—Ya sabe usted lo que se hace. Bien, aguilucho mío, usted gobernará á los hombres porque es fuerte, cuadrado y de pelo en pecho. Cuente usted siempre con mi estimación.

Vautrín quiso cogerle la mano, pero Rastignac se apresuró á retirarla, cayó sobre una silla palideciendo y creyó ver un mar de sangre ante sus ojos.

—¡Ah! ¿nos quedan aún algunas mantillas manchadas de virtud?—le dijo Vautrín en voz baja.—Papá de Oliván tiene tres millones, yo conozco su fortuna. La dote le dejará limpio hasta á sus propios ojos como el manto de una desposada.

Rastignac no dudó ya, y resolvió ir aquella misma noche á advertir á los señores Taillefer padre é hijo. En aquel momento, como Vautrín le hubiese dejado, el padre Goriot le dijo al oído:

—Hijo mío ¿está usted triste? ¡Ah! no se apure, yo voy á alegrarle. Venga—exclamó el antiguo fabricante de pastas encendiendo una cerilla en uno de los quinqués.

Eugenio le siguió lleno de curiosidad.

—Entremos en su cuarto—dijo el buen hombre que le había pedido á Silvia la llave del cuarto del estudiante.—Esta mañana ha creído usted que ella no le amaba ¿eh? le ha tratado muy mal y usted se fué enfadado y desesperado. Ella me esperaba ¿comprende usted? Teníamos que ir á acabar de arreglar una bonita habitación, á la cual irá usted á vivir dentro de tres días. No me venda usted, porque ella quiere darle una sorpresa; pero yo no he querido ocultarle el secreto por más tiempo. Estará usted en la calle de Artois, cerca de la de San Lázaro, y vivirá allí como un príncipe, pues le hemos comprado magníficos muebles. ¡Cuántas cosas hemos hecho de un mes á esta parte sin decirle á usted nada! Mi procurador se ha puesto á trabajar y mi hija tendrá sus treinta mil francos anuales, interés de su dote. Por lo demás, yo voy á exigir ahora el empleo de estos ochocientos mil francos en bienes raíces.

Eugenio permanecía mudo y se paseaba á lo largo de su pobre y desordenado cuarto. El padre Goriot aprovechó un momento en que el estudiante le volvía la espalda y puso sobre la chimenea una cajita de marroquí rojo sobre la cual estaban impresas en oro las armas de Rastignac.

—Hijo mío—decía el pobre hombre,—con todo esto he mermado mucho mi fortuna; pero no importa, porque, después de todo, lo hice por egoísmo, toda vez que estaba interesado en que usted cambiase de casa. ¿Verdad que no me negará usted nada si yo le pido algo?

—¿Qué desea usted?

—Encima de su habitación, en el quinto piso, hay un cuartito que depende de ella, y yo viviré en él, ¿verdad? Me voy haciendo viejo y estoy demasiado lejos de mis hijas. No le molestaré á usted, estaré allí, y así me hablará todas las noches de ellas. ¿Verdad que no le contraría esto? Cuando entre usted por la noche yo estaré acostado, le oiré y me diré: «Ahora acaba de ver á mi pequeña Delfina y la ha llevado al baile para que sea feliz.» Si estuviese enfermo, el oírle entrar, salir, ir y volver sería para mí un bálsamo, porque ¡hay tanto de mis hijas en usted! No tendré más que dar un paso para estar en los Campos Elíseos, adónde van todos los días y donde las veré siempre, mientras que ahora llego á veces tarde. Y luego, que ella acaso venga á visitarle, y yo la oiré, la veré con su traje de mañana, trotando alegremente como un cerbatillo. Hace un mes que está alegre y satisfecha como cuando era soltera, y esta dicha se la debe á usted. ¡Oh! haré por usted lo imposible. Hace un momento que me decía: «Papá, soy muy feliz.» Cuando me dicen ceremoniosamente *padre mío*, me hielan; pero cuando me llaman *papá*, me creo verlas de niñas y refrescan todos mis recuerdos, pareciéndome que no pertenecen á nadie—añadió enjugándose los ojos.—Hacía ya mucho tiempo que no había oído esta frase y que no me había dado el brazo. ¡Oh! sí, pronto hará diez años que no salía acompañado de mis hijas. Y ¡qué satisfacción encuentro en rozar sus ropas, llevar su mismo paso y participar de su calor! En fin, esta mañana llevé á Delfina á todas partes, entré con ella en las tiendas y la acompañé á su casa. ¡Oh! consérveme usted á su lado.

Á veces tendrá necesidad de alguno que le haga un favor, y yo estaré junto á usted. ¡Oh! ¡si ese maldito alsaciano muriese, si la gota tuviese el buen sentido de subírsele al estómago, mi pobre hija sería feliz, le tendría á usted por yerno y sería ostensiblemente su marido. ¡Bah! es tan desgraciada no conociendo los placeres del mundo, que la absuelvo de todo. El buen Dios debe estar de parte de los padres que aman bien. Ella le quiere á usted demasiado—dijo meneando la cabeza después de una pausa.—Por el camino hablaba de usted conmigo diciéndome: «¿No es verdad, padre mío, que es guapo y que tiene buen corazón? ¿Le habla de mí?» ¡Bah! me habló sin parar desde la calle de Artois hasta el pasaje de los Panoramas, desahogando su corazón en el mío. Durante toda la mañana dejé de ser viejo y me parecía que no pesaba una onza. Le dije que me había entregado usted el billete de mil francos. ¡Oh! ¡pobrecilla! lloró de emoción. Pero ¿qué tiene usted sobre la chimenea?—dijo al fin el padre Goriot, que se moría de impaciencia al ver á Rastignac inmóvil.

Eugenio, completamente preocupado, miraba á su vecino con aire distraído. Aquel duelo que le había anunciado Vautrín para el día siguiente, contrastaba tan violentamente con la realización de sus más caras esperanzas, que experimentaba todas las sensaciones de una pesadilla. Se volvió hacia la chimenea, vió en ella la cajita cuadrada, la abrió y encontró dentro un papel que tapaba un reloj de Breguet. En aquel papel estaban escritas estas palabras:

«Quiero que piense usted en mí á todas horas, *porque...*

» DELFINA. »

Esta última palabra sin duda hacía alusión á alguna escena que había tenido lugar entre ellos. Eugenio se sintió conmovido al ver sus armas interiormente esmaltadas en el oro de la tapa. Aquella joya tanto tiempo deseada, la cadena, la llave y los dibujos, respondían á sus deseos. El padre Goriot estaba radiante. Sin duda había prometido á su hija comunicarle los menores efectos de la sorpresa que causaría su regalo á Eugenio, pues el anciano parecía gozar en tercer término de tales emociones, dando muestras de no ser el menos feliz. El pobre quería ya á Rastignac por su hija y por él mismo.

—Vaya usted á verla esta noche, que le espera. El zote del alsaciano cena esta noche con su bailarina. ¡Ah! ¡ah! ¡qué asombrado quedó cuando mi procurador le dijo lo que pasaba! ¿No pretende querer á mi hija hasta la adoración? Que la toque, y lo mato. La sola idea de saber que mi Delfina está en... (suspiró) me haría cometer un crimen. Pero de todas maneras no sería cometer un homicidio, porque ese hombre es una cabeza de buey sobre un cuerpo de cerdo. Me tomará usted consigo ¿verdad?

—Sí, mi buen padre Goriot, ya sabe usted que le quiero.

—Ya lo veo, y sé que usted no se avergüenza de mí. Déjeme usted abrazarle—dijo estrechando al estudiante entre sus brazos,—prométame que la hará muy feliz: Irá usted esta noche ¿verdad?

—¡Oh! sí, tengo que salir para asuntos que no admiten dilación.

—¿Puedo yo servirle de algo?

—Hombre, sí. Mientras yo voy á casa de la señora de Nucingen, vaya usted á casa del señor Taillefer padre y dígame que me conceda esta noche una hora para hablarle de un asunto de gran importancia.

—Joven, ¿será verdad?—dijo el padre Goriot cambiando de expresión.—¿Hace usted la corte á su hija, como dicen esos imbéciles de abajo? ¡Por vida de...!—No sabe usted lo que es un puñetazo á lo Goriot, y créame que, si me engañase, sería cuestión de andar á puñetazos. ¡Oh! pero, no, eso es imposible.

—Le juro á usted que hace un momento que me he convencido de que sólo amo á una mujer en el mundo—dijo el estudiante.

—¡Ah! ¡qué dicha!—exclamó el padre Goriot.

—Es que el hijo de Taillefer se bate mañana y yo he oído decir que le matarán—repuso el estudiante.

—Y ¿qué le importa á usted eso?—dijo Goriot.

—Es necesario decirselo para que le impida á su hijo acudir al duelo.

En aquel momento fué interrumpido por la voz de Vautrín, que se oyó en el umbral de su puerta, donde cantaba:

Ricardo, rey mío,
La grey te abandona.

—¡Brún! ¡brún! ¡brún! ¡brún!

El mundo recorro,
Doquiera aparezco.

—¡Tra, la, lá! ¡Tra, la, lá!

—Señores—gritó Cristóbal,—la sopa está en la mesa y todo el mundo espera.

—Toma—dijo Vautrín—vete á buscar una botella de Burdeos.

—¿Le gusta á usted el reloj?—dijo el padre Goriot.—Mi hija tiene buen gusto ¿verdad?

Vautrín, el padre Goriot y Rastignac bajaron juntos, y á causa de su tardanza tuvieron que sentarse juntos á la mesa. Durante la comida, Eugenio miró á Vautrín con gran frialdad, á pesar de que nunca había desplegado tanta gracia aquel hombre, que tan simpático le era á la señora Vauquer. Vautrín tuvo salidas graciosas y supo atacar á todos los huéspedes, contribuyendo su seguridad y sangre fría á consternar á Eugenio.

—¿Qué hierba ha pisado usted hoy?—le preguntó la señora Vauquer á Vautrín.—Está usted alegre como unas castañuelas.

—Yo siempre estoy alegre cuando hago buenos negocios.

—¿Negocios?—dijo Eugenio.

—Sí, he entregado una partida de mercancías que me ha de valer una bonita comisión. Señorita Michonneau—dijo al ver que la solterona le examinaba—¿tengo acaso monos en la cara para que usted me mire de ese modo? Si acaso, ya me los quitaré para serle á usted agradable. Poiret, supongo que no se enfadará usted por esto ¿eh?—dijo guiñándole el ojo al empleado del Museo.

—¡Por vida de!... debería usted servir de modelo para un Hércules burlón—le dijo el joven pintor á Vautrín.

—No tengo inconveniente, si la señorita Michonneau quiere servir de modelo para una Venus de cementerio—respondió Vautrín.

—¿Y Poiret?—preguntó Bianchón.

—Poiret servirá de modelo de Poiret y será el dios de las peras—exclamó Vautrín.

—De las peras fofas—exclamó Bianchón.

—Bueno, todo eso son tonterías—dijo la señora Vauquer,—y más valdría que nos convidara usted á ese buen vino de Borgoña que usted bebe. Eso nos mantendría alegres, aparte de que es bueno para el estómago.

—Señores—dijo Vautrín,—la señora presidenta les llama al orden. La señora Couture y la señorita Victorina no tomarán en serio nuestros tontos discursos; pero respeten la inocencia del padre Goriot. Les invito á ustedes á una pequeña *botellarama* de Burdeos que la marca de Lafitte hace doblemente ilustre, sea dicho sin alusión política. Vamos, chino—dijo mirando á Cristóbal, que no se movió de su sitio.—Aquí, Cristóbal. ¡Cómo! ¿no entiendes por tu nombre? chino, tráeme los líquidos.

—Aquí tiene usted, señor—dijo Cristóbal presentándole la botella.

Después de haber llenado el vaso de Eugenio y el del padre Goriot, derramó lentamente algunas gotas de vino, lo probó y mientras que sus dos vecinos bebían, exclamó de pronto:

—¡Diablo! ¡cómo sabe á corcho! Ésta tómatela tú, Cristóbal, y vete á buscarnos otra; á la derecha, ¿sabes? Somos diez y seis, baja ocho botellas.

—Puesto que usted se corre—dijo el pintor,—yo pago un centenar de castañas.

—¡Oh!

—¡Hurra!

—¡Bien!

Cada uno lanzó su exclamación, y Vautrín gritó:

—Vamos, mamá Vauquer, dos de champagne.

—¡Ca! ¡eso sí que no! ¿Por qué no me piden la casa? ¡Dos de champagne, que cuestan doce francos! ¿Cuándo los gano yo? Si el señorito Eugenio quiere pagarlas, yo daré una copita de casis.

—Sí, su casis que purga que es un gusto—dijo el estudiante de medicina en voz baja.

—¿Quieres callar, Bianchón?—exclamó Rastignac.—Venga el champagne, yo lo pago—añadió el estudiante.

—Silvia—dijo la señora Vauquer,—traiga los bizcochos y los pastelillos.

—Sus pastelillos son demasiado grandes y tienen barba—dijo Vautrín.—Respecto á los bizcochos, vengan.

En un momento circuló el vino de Burdeos, los convidados se animaron y la alegría aumentó, oyéndose atroces risas en medio de las cuales resonaron algunas imitaciones de diversas voces de animales. Al empleado del Museo se le había ocurrido reproducir un grito de París que tenía cierta analogía con el maullido del gato cuando está con el celo, é inmediatamente ocho voces gritaron simultáneamente las siguientes frases:

—¡Afilar cuchillos y navajas!

—¡Alpiste para los pajaritos!

—¡El traperol!

—¡Componer fuentes y platos!

—¡Á la barca! ¡á la barca!

—¡Compro trajes viejos, galones, sombreros!

—¡La cereza! ¡la buena cereza!

La palma la ganó Bianchón por el acento nasal con que gritó:

—¿Quién compra paraguas?

En pocos instantes hubo allí un ruido capaz de volver loco á cualquiera y una conversación llena de sandeces, una verdadera ópera que dirigía Vautrín como un maestro de orquesta, vigilando á Eugenio y al padre Goriot, que parecían ya borrachos. Con la espalda apoyada en la silla, ambos contemplaban aquel inusitado desorden con aire grave y bebiendo poco, pues ambos estaban preocupados por lo que tenían que hacer aquella noche, y sin embargo se sentían sin fuerza para levantarse. Vautrín, que seguía los cambios de sus fisonomías miránolos á hurtadillas, aprovechó el momento en que sus ojos vacilaron y parecieron querer cerrarse para inclinarse al oído á Rastignac y decirle:

—Amiguíto mío, no somos aún lo bastante astuto para luchar con el papá Vautrín, el cual le quiere demasiado para permitirle que haga tonterías. Cuando yo resuelvo algo, sólo Dios tiene fuerza para oponerse á mis decisiones. ¡Ah! ¿quería usted ir á advertir á Taillefer su desgracia y obrar como un chiquillo? El horno está caliente, la harina está amasada, el pan está en la pala, mañana tendremos pan, y ¿quería usted impedirnos cocerlo? No, no, se cocerá. Si tenemos algún remordimiento, la digestión lo hará desaparecer. Mientras usted duerma, el coronel Franchesini le procurará la herencia de Miguel Taillefer con la punta de su espada. Heredando á su hermano, Victorina tendrá quince mil francos de renta. He tomado informes, y sé que la herencia de la madre asciende á más de trescientos mil francos.

Eugenio oía estas palabras sin poder responder, sentía su lengua pegada al paladar, tenía un sueño invencible y ya no veía la mesa y las figuras de los comensales más que á través de una densa niebla. El ruido no tardó en apaciguarse, los huéspedes se fueron uno á uno, y luego, cuando quedaron solas las señoras Vauquer y Couture, la señorita Victorina, Vautrín y el padre Goriot, Rastignac vió como si soñase que la señora Vauquer recogía las botellas para volver á llenarlas.

—¡Ah! ¡qué loca es la juventud!—decía la viuda.

Esta fué la última frase que pudo comprender Eugenio.

—No hay nadie como el señor Vautrín para improvisar estas bromas—dijo Silvia.—Cristóbal ya está como una cuba.

—Adiós, mamá—dijo Vautrín,—me voy al bulevar á admirar al señor Martí en *El Monte Salvaje*, que es una gran obra sacada del *Solitario*. Si quiere usted venir, la llevaré, y lo mismo digo á estas señoras.

—Muchas gracias—dijo la señora Couture.

—¡Cómo, vecina!—exclamó la señora Vauquer—¿se niega usted á ir á ver una pieza sacada del *Solitario*, obra hecha por Atala de Chateaubriand, que tanto nos gusta y que nos hacía llorar el verano pasado como Magdalenas debajo de los tilos, una obra, en fin, moral que puede instruir á la señorita?

—Nos está prohibido ir al teatro—respondió Victorina.

—Vamos, estos están ya fuera de combate—dijo Vautrín moviendo de una manera cómica las cabezas del padre Goriot y de Eugenio.

Colocando la cabeza del estudiante sobre la silla, para que pudiese dormir cómodamente, le besó calurosamente en la frente cantando:

Duerme, duerme, amor mío,
Que yo velo por ti.

—Mucho temo que esté enfermo—dijo Victorina.

—Pues entonces, quédese usted á cuidarlo—le dijo Vautrín al oído,—que tal es el deber de toda mujer sumisa. Este joven la adora á usted y yo le predigo que será usted su mujercita. En fin—dijo en voz alta,—*fueron muy considerados en todo el país, vivieron felices y tuvieron muchos hijos*. He aquí como acaban todas las novelas de amor. Vamos, mamá—dijo volviéndose hacia la señora Vauquer y abrazándola,—póngase el sombrero, el traje con flores y el chal de la condesa. Entre tanto, voy á buscar un coche.

Y se fué cantando:

Hermoso sol, divino sol
Que haces madurar los frutos.

—¡Dios mío! señora Couture, con este hombre no puede haber tristeza.—Vamos—dijo volviéndose hacia el fabricante de pastas,—ya ronca el padre Goriot. Á este viejo avaro nunca se le ha ocurrido llevarme á ninguna parte. ¡Dios mío! se va á caer al suelo. Es indecente que un hombre pierda la razón de este modo. Me dirán ustedes que no se puede perder lo que no se tiene. Silvia, súbalo usted á su cuarto.

Silvia tomó al anciano por debajo de los brazos, le hizo andar y lo arrojó como un fardo sobre la cama.

—¡Pobre joven!—decía la señora Couture separando los cabellos de Eugenio, que le caían sobre los ojos.—Es como una damisela, no sabe lo que es un exceso.

—¡Ah!—dijo la señora Vauquer—en treinta y un años que hace que tengo casa de huéspedes, puedo decir que ha habido aquí muchos jóvenes, pero no he visto ninguno tan guapo ni tan distinguido como el señorito Eugenio. ¡Qué hermoso está cuando duerme! Pero, señora Couture, sosténgale usted la cabeza. ¡Bah! la apoya en la señorita Victorina: los jóvenes tienen un Dios que les protege. Á poco más se rompe la cabeza contra la silla. ¡Qué buena pareja harían los dos!

—Pero, señora, cálese usted—dijo la señora Couture.—¡Dice usted unas cosas!

—¡Bah!—repuso la señora Vauquer.—No nos oye él. Vamos, Silvia, ven á vestirme. Voy á ponerme el corsé bueno.

—¿El corsé bueno después de haber comido, señora?—dijo Silvia.—No, busque usted quien la apriete, que lo que es yo no quiero ser su asesino. Cometería usted una imprudencia que podría costarle la vida.

—Me es igual; la cuestión es hacer honor al señor Vautrín.

—¿Tan bien está usted con sus herederos?

—Vamos, Silvia, basta—dijo la viuda marchándose.

—¡Á su edad!—dijo la cocinera contemplando á su ama y mirando después á Victorina.

La señora Couture y su pupila, sobre cuyo hombro se apoyaba Eugenio, se quedaron solas en el comedor. Los ronquidos de Cristóbal resonaban en la silenciosa casa y hacían notar el apacible sueño de Eugenio, que

dormía como un niño. Feliz pudiendo permitirse uno de esos actos de caridad con los que pueden desahogarse todos los sentimientos de la mujer y que le permitía, sin pecar, sentir el corazón del joven latiendo junto al suyo, Victorina mostraba en su cara algo maternalmente protector que la embellecía. Á través de los mil pensamientos que nacían en su corazón, despuntaba un tumultuoso impulso de voluptuosidad nacido á causa de la aproximación de aquel hombre puro y joven.

—¡Pobre hija mía!—dijo la señora Couture estrechándole la mano.

La anciana admiraba aquel rostro cándido y enfermizo, rodeado á la sazón por la aureola de la dicha. Victorina se parecía á una de esas sencillas pinturas de la Edad media en las cuales olvidó todos los accesorios el artista, el cual reservó la magia de su pincel para la cara amarilla de tono, pero donde el cielo parece reflejarse con sus tintes de oro.

—Y sin embargo, mamá, no ha bebido más que dos vasos—dijo Victorina pasando los dedos á través de la cabellera de Eugenio.

—Pero, hija mía, si fuese un vicioso, hubiera resistido el vino como los demás. Su embriaguez hace su elogio.

El ruido de un coche se oyó en la calle.

—Mamá—dijo la joven,—aquí está el señor Vautrín. Tome usted á Eugenio, porque no quisiera ser vista así por ese hombre, que tiene dichos que ensucian el alma y miradas que molestan á una mujer como si la desnudasen.

—No—dijo la señora Couture,—te engañas. El señor

Vautrín es un buen hombre; brusco, pero bueno como el difunto señor Couture; un hombre de mal genio, pero de buen corazón.

En este momento Vautrín entró muy despacio y contempló el cuadro formado por aquellos dos muchachos, acariciados por el resplandor de una lámpara.

—He aquí escenas que hubieran inspirado hermosas páginas á Bernardino de Saint-Pierre, autor de *Pablo y Virginia*—dijo cruzándose de brazos.—Señora Couture ¡qué hermosa es la juventud! ¡Pobre muchacho! duerme, cuando tal vez otros están labrando su fortuna. Señora—repuso dirigiéndose á la viuda,—lo que me encanta de este joven, lo que me conmueve, es el saber que la belleza de su alma está en armonía con la de su cuerpo. Mírele ¿no parece un querubín apoyado en el hombro de un ángel? Á decir verdad, es muy digno de ser amado, y si yo fuera mujer querría morir, pero ¿qué digo? vivir por él. Señora, admirándoles así—dijo aproximándose al oído de la viuda,—no puede uno menos de pensar que Dios los ha criado el uno para el otro. ¡Oh! la Providencia tiene vías ocultas y sonda los pechos y los corazones—exclamó en voz alta.—Viéndoos unidos, hijos míos, unidos por una misma pureza y por todos los sentimientos humanos, me digo que es imposible que os veáis nunca separados en el porvenir. Dios es justo. Pero—dijo á la joven—me parece ver en usted líneas de prosperidad. ¿Me quiere usted dar la mano, señorita Victorina? Entiendo en quiromancia, y muchas veces he echado la buena ventura. Vamos, no tenga usted miedo. ¡Oh! ¿qué veo? Le juro á fe de hombre honrado que antes de poco será una de las más ricas he-

rederas de París, colmará usted de dicha al que le ama, su padre la llamará á su lado y se casará con un joven guapo, con título y que la adora.

En este momento, los pesados pasos de la patrona, que bajaba, interrumpieron la profecía de Vautrín.

—Aquí viene mamá Vauquer, hermosa como una estrella y emperijilada como una novia. Me parece que nos hemos apretado demasiado, mamá, y que si llora va á haber una explosión. Pero, en fin, ya recogeré yo los despojos con el mismo cuidado que si fuese un anticuario.

—Cómo sabe echar piropos á la francesa ¿eh?—dijo la patrona á la señora Couture.

—Adiós, hijos míos—repuso Vautrín volviéndose hacia Eugenio y Victorina.—Yo os bendigo—añadió imponiendo la mano sobre sus cabezas.—Créame usted, señorita, los votos de un hombre honrado dan buena suerte, porque son escuchados por Dios.

—Adiós, querida mía—dijo la Vauquer á la señora Couture.—¿Cree usted que el señor Vautrín pueda tener intenciones respecto á mi persona?—añadió en voz baja.

—Je, je.

—¡Ah! mamá querida—dijo Victorina suspirando y mirándose las manos cuando las dos estuvieron solas.—¡Si ese señor Vautrín dijese verdad!

—Para ello bastaría que el monstruo de tu hermano se cayera del caballo—respondió la anciana.

—¡Ah! mamá.

—¡Dios mío! tal vez es un pecado desear mal al enemigo—repuso la viuda;—pero, en fin, haré penitencia, porque, á decir verdad, de buena gana llevaría flores á

su tumba. ¡Mal corazón! No tener el valor de defender á su madre, cuya fortuna disfruta. ¡Y cuidado que mi prima tenía una buena fortuna! Por desgracia para ti, no figuró su dote en el contrato matrimonial.

—Siempre amargaría mi dicha la consideración de que su logro hubiese de costar la vida á nadie—dijo Victorina,—y, si para ser feliz fuera preciso que mi hermano desapareciese, preferiría vivir siempre aquí.

—¡Dios mío! como dice ese señor Vautrín, que ya ves que es hombre religioso y que no tiene nada de incrédulo, como esos otros que hablan de Dios con menos respeto que hablaría de Él el diablo ¿quién sabe las vías ocultas de que dispone la Providencia para llevarnos al bien?

Ayudadas por la gruesa Silvia, las dos mujeres transportaron á Eugenio á su cuarto, lo acostaron en la cama, y la cocinera le desabrochó la ropa para que durmiera más á gusto. Antes de marcharse, cuando su protectora volvió la espalda, Victorina besó en la frente á Eugenio con la satisfacción propia de todo placer robado, y después contempló su cuarto, resumió en un solo pensamiento toda la felicidad de aquel día y luego se durmió considerándose la criatura más feliz de París. La algazara á favor de la cual hizo beber Vautrín á Eugenio y al padre Goriot vino narcotizado decidió la pérdida de aquel hombre. Bianchón, medio borracho, se olvidó de interrogar á la señorita Michonneau acerca de Burla-la-Muerte, lo cual hubiera despertado las sospechas de Vautrín, ó mejor dicho, de Jacobo Collín, que era una de las celebridades del presidio. Por otra parte, el apodo de Venus de cementerio decidió á la

señorita Michonneau á entregar al forzado en el momento en que, confiando en la generosidad de Collín, pensaba advertirle el peligro que corría y aconsejarle que se escapase por la noche. La solterona acababa de salir acompañada de Poiret para ir á ver al jefe de policía, creyendo habérselas con un alto funcionario llamado Gondureau. El director de la policía judicial la recibió con amabilidad, y después de una conversación en la que quedó todo precisado, la señorita Michonneau pidió la poción que había de servir para llevar á cabo la identificación de la persona. Por el gesto de contento que hizo el gran hombre de la calle de Santa Ana buscando un frasco en un cajón de su mesa-escritorio, la señorita Michonneau adivinó que había en aquella captura algo más importante que la detención de un sencillo presidiario. Á fuerza de devanarse los sesos, sospechó que, por algunas revelaciones hechas por los traidores de presidio, la policía esperaba llegar á tiempo para apoderarse de considerables valores. Cuando comunicó sus sospechas á aquel viejo zorro, éste se echó á reír y quiso desvanecer la hipótesis de la solterona diciéndole:

—Se engaña usted. Collín es la *sorbona* más temible que ha habido nunca entre ladrones, y esto es todo. Los pillastres lo saben, lo consideran como su sostén y su jefe, y le quieren todos. Y este pillastre no dejará nunca su *troncho* en la plaza de Greve.

Como la señorita Michonneau no hubiese comprendido las dos palabras de la jerga que había empleado Gondureau *sorbona* y *troncho* son dos enérgicas expresiones del lenguaje de los ladrones, que son los primeros que han sentido la necesidad de considerar la esfera

humana bajo dos aspectos. *Sorbona* es la cabeza del hombre vivo, sus consejos, sus pensamientos; y *troncho* es una palabra de desprecio destinada á espesar cuán poco es la cabeza una vez separada del tronco.

—Collín nos engaña—repuso.—Cuando damos con esa clase de hombres que parecen barras de acero templadas á la inglesa, nos queda el recurso de matarlos si hacen la menor resistencia mientras se lleva á cabo su arresto. Contamos con alguna acción de esta clase para matar á Collín mañana por la mañana. De este modo se evita el proceso, los gastos de custodia y de alimentación, y se desembaraza á la sociedad de un pillo. Las costas, los honorarios de los testigos, las indemnizaciones, la ejecución y todos los demás requisitos cuestan más de mil escudos, que serán para usted. Además, se economiza el tiempo. Dando un buen bayonetazo á Burla-la-Muerte, impedimos un centenar de crímenes y evitaremos la corrupción de cincuenta malos sujetos que se mantendrán tranquilos en los alrededores de la prisión correccional. Esta es la verdadera policía, y, según los buenos filósofos, obrar así es prevenir crímenes.

—Y servir al país—dijo Poiret.

—¡Ya lo creo!—replicó el jefe.—Veo que esta noche dice usted cosas sensatas. Ciertamente que serviremos al país. Por eso digo yo que la gente se muestra injusta con nosotros, que hacemos á la humanidad mil servicios ignorados. Pero, en fin, es propio del hombre culto sobreponerse á las preocupaciones sociales. París es París. Estas palabras explican mi vida. Mañana estaré con mis gentes en el jardín del Rey. Envíe usted á Cristóbal á la calle Buffón, á casa del señor Gondureau, que era